

EL APELLIDO TRUGAN

Pseudónimo: **Star**

*VII Concurso literario “Eneida”
Ayuntamiento de Villamiel de Toledo*

2010

Poco después de la madrugada, un pequeño bote emergió de entre la espesa neblina matinal que llenaba todo el recorrido del río Támesis. Entre tanto, podía vislumbrarse una pequeña figura envuelta en un manto negro, del cual podían apreciarse pequeños destellos de la humedad. Un poco más lejos, el perfil del *Big Ben* que se erguía bajo un manto de nubes negras, que amenazaba con la lluvia diaria. Las calles se podían apreciar sólo gracias a la tenue luz de las pocas farolas que acompañaban a las aceras, y de las luces de las casas. Londres.

El hombre se detuvo unos segundos antes de amarrar el bote y pisar tierra para recuperar el aliento y contemplar la silueta del inmenso reloj. A cada paso que daba entre la bruma, los pequeños adosados y edificios se hacían cada vez más claros. Sus ojos vagaron de un lugar de la calle al otro, repasando cada recodo de las esquinas. Estaba solo.

Con la certeza de que apenas le quedaban unos cuantos minutos de vida, apretó el paso y recordó el juramento que hizo a su hermano de proteger a toda costa la pequeña llave. En pocos minutos la lluvia se había cernido sobre la ciudad. A través de la espesa cortina de agua, James Trugan corrió hacia una calle donde su final se encontraba con la penumbra, y se refugió debajo de uno de los toldos de una tienda de antigüedades. Al cabo de unos minutos, las pisadas de aviso de que un individuo se acercaba se hacían cada vez más palpables al oído, a pesar de que las gotas de agua que caían con fuerza amortiguaban un poco los sonidos. Con el corazón en un puño, James escondió su rostro entre las sombras, dejando ver su gabardina empapada y sus botas, las cuales absorbían sin problema el agua y le calaba los huesos.

La figura se colocó en la acera de enfrente a su misma altura. Sólo se podía distinguir la franja de sus ojos cuando el hombre tragaba con parsimonia el humo del cigarrillo; así que James entornó los ojos para verle mejor. Sin duda era él. Los nervios y la fatiga comenzaron a hacerle presa.

Notó que la silueta alargaba un dedo hacia él envuelto en un guante negro. En ese momento James corrió calle arriba. La carretera estaba oscura, y apenas se podían apreciar las señales. Los caminos se habían transformado en verdaderos barrizales, y los

pies le pesaban a causa del barro que se había agarrado a sus botas. Aunque era pleno invierno, el sudor frío le goteaba por la cara, y los pulmones le dolían de respirar el aire tan frío. El destino le obligaba ahora a correr y a no detenerse; pensaba en la llave que agarraba con fuerza en su bolsillo, presionada contra el muslo, y en su obligación de esconder el secreto que se cernía sobre su apellido.

Torció en una calle a la derecha y se paró en seco: la lluvia había amainado, y las pisadas no se oían. Esperó por si su perseguidor se hubiese camuflado entre los árboles que rodeaban las callejuelas. Pero no había nadie.

Cuando James emergió de nuevo a la luz del poco sol que se podía apreciar, después de recorrer cientos de metros, se percató de que se hallaba tan sólo a unos cuantos pasos del hogar de su cuñada, Margaret Trugan. La dama vivía sola en un antiguo caserón al estilo típico inglés, que se alzaba sobre la espesa vegetación que había crecido en el jardín de la entrada. La casa tenía aires de vieja y descuidada, pero la mayoría de la gente de la ciudad conocía y sabía quién vivía en ella.

James corrió hacia el portón de lanzas negras que abría un camino por el patio y se apresuró hasta la gran escalinata de piedra que ascendía a la puerta de entrada. Llamó apresuradamente con el puño. De vez en cuando volvía la vista atrás con el temor de que su perseguidor apareciese en cualquier momento.

La puerta se abrió ante él. James se volvió y la luz de dentro del umbral le cegó mientras que una voz que no había oído en siete años pronunciaba su nombre en voz baja. James se cubrió los ojos y reconoció el semblante de Margaret. La mujer leyó en su mirada y observó la mano que apretaba con fuerza el bolsillo. Una sombra de dolor recorrió el rostro de Margaret. James desvió la mirada.

- No pude hacer nada...-dijo James- . No me dio tiempo.

Su cuñada cerró los ojos y abrió de par en par la puerta, para invitarle a entrar.

- Pasa -le dijo mientras echaba un vistazo a la penumbra, como esperando que el mismísimo diablo fuera a entrar.

James entró, se quitó la chaqueta y la dejó cerca de la chimenea. Con un movimiento suave, depositó la llave en la mesa de cristal, que presidía el centro de la sala, ante la atenta mirada de Margaret.

- Todo ocurrió muy deprisa... no supe cómo reaccionar -volvió a decir James.

La dama tomó asiento en el sillón de tejido verde oscuro, y pasó la mirada desde la pequeña llave, que separaba la distancia entre ella y James, hasta las fotos de familia que parecían estar dormidas en la repisa de la chimenea. James dio unos cuantos pasos hacia allí, y cogió una fotografía con marco blanco y plateado: en ella figuraban tres personas: a la derecha se encontraba él, a la izquierda Margaret y en el centro estaba su hermano Jake, esposo de Margaret. Las lágrimas comenzaban a aflorar en los ojos de James, mientras colocaba la foto en su lugar original.

- Desde que comenzó a trabajar en el *Big Ben*, se comportaba de una forma muy rara...-explicó Margaret.

- Lo sé...-contestó con dulzura James-. Pero las tardes que no volvía a casa contigo tenían un significado.

Margaret se movió inquieta en el asiento y se reclinó hacia delante. Las miradas de ambos se cruzaron.

- Cuando Jake terminaba la jornada de trabajo se quedaba el último para cerrar las puertas del reloj. Siempre aguardaba a que salieran todos los empleados. Una tarde, agotado del duro trabajo, se disponía a volver aquí cuando una sombra le salió al paso. -la dama se cubrió la boca con las manos y miró de reojo a James-. El hombre del que hablamos le arrebató las llaves de las manos y le amenazó de muerte sino le contaba el secreto que aguardaba en la oscura torre del *Big Ben*... Unas horas más tarde le encontré cerca del puente...

Las últimas palabras quedaron flotando en el aire cargado que se podía respirar en el salón.

- Me confió la llave y me hizo jurar que la defendería con mi vida -apuntó James.

- Entonces estaba ocultando algo allí dentro...-pronosticó la dama.

Cuando James concluyó el relato, Margaret se levantó con paso decidido y cogió la llave. Fue cuando se percató de que debía de haber un error.

- ¿No habías dicho antes que se llevó la llave? -preguntó asustada.

- No. En realidad, no. Sólo se llevó una copia de otra llave. No puede abrir ninguna puerta, tranquila. Él sabía a qué jugaba.

Margaret se dio media vuelta y metió la llave en un pequeño cajón de la alacena, que se encontraba justo debajo de las escaleras que ascendían a los dormitorios.

- ¡Me persiguen, Margaret! -dijo James-. No puedo quedarme aquí.

En ese preciso momento la dama se percató del peligro que ahora correría su casa y ella misma. Pero estaba dispuesta a ayudar a su cuñado.

- No puedes marcharte- le dijo Margaret a un James ausente en sus pensamientos- ¡Casi no te quedan fuerzas para andar!

- Me niego rotundamente a ponerte en peligro...-contestó.

- Creo que dejándome aquí la misteriosa llave ya me estás condenando a un destino que no puedo cambiar.

Los pensamientos se agolpaban en la mente de James Trugan. Le hubiera gustado volver al pasado y cambiar los hechos. Pero el destino era el que decidía eso, y no él. Con el corazón en un puño y temiendo lo que iba a ocurrirle una vez a la intemperie, miró a Margaret y la guiñó un ojo. Las lágrimas caían por el rostro de la dama, en silencio.

- ¿Cómo está el pequeño Jacob? -preguntó James mirando de resuello al piso de arriba.

- Bien... está durmiendo -contestó-. Ojala pudiésemos dormir para siempre y encontrar en nuestros sueños un mundo enteramente nuestro.

Las palabras de Margaret se clavaron como agujas en su corazón. Saber que tenía un sobrino al que se le había prohibido ver después de la desaparición de Jake, culpándole sin causa por no haber acudido antes.

Se acercó a la dama, la agarró por los hombros y la besó en la mejilla, húmeda a causa de las lágrimas, derramadas hacía sólo unos minutos.

- Cuídate y cuídale -le pidió James enfundándose en su abrigo-. Y bajo ningún concepto hables de esto con nadie.

- Descuida...

James se dio media vuelta, agarró el pestillo y tiró hacía sí de él. La lluvia volvía a cernirse sobre aquella ciudad. La calle ayudaba a bajar el aguacero que corría por las cuestas. Se subió el cuello de la chaqueta y se precipitó acera abajo sin volver la vista atrás.

Margaret cerró la puerta, y la selló con cerrojos. Condujo la mirada hacia el salón, que dormía el silencio de un augurio, y se llevó una mano al pecho sabiendo que

aquella noche había sido la última que vería a James. Nadie encontraría nunca aquella llave... Quedaría en la memoria, pero bajo ningún concepto se abriría la alacena.

En cuanto James llegó a la altura del *Big Ben*, bajó los escalones del puente, que ahora se perdían entre la niebla, y agarró el bote. Mientras pensaba en todo lo que había ocurrido aquella noche, un individuo enfundado en un manto negro surgió de entre las sombras, como cualquier insecto esperando salir cuando se cierre la oscuridad.

Aquel fue el último día de James Trugan. Al amanecer, un pequeño bote con una llave dibujado en él, apareció río abajo.

Un manto blanco desdibujaba las casas y los caminos. El Támesis se había convertido en una amenaza de hielo para sus habitantes. Desde lejos, Londres parecía una ciudad encantada protegida por la nieve. Apenas se podía ver el sol. El poco viento que había balanceaba las ramas de los árboles y arbustos, ayudándolos a despejar la capa de nieve de sus hojas que, poco a poco, iba cediendo y que se amontonaba en el suelo frío, que más tarde se convertiría en una pequeña pista de hielo.

Aquel temporal entumecía los músculos, y había conseguido que por las calles no circulase nadie. Aunque, en realidad, los vecinos que vivían cerca de las carreteras eran los únicos que lo agradecían por la escasez de automóviles.

En una pequeña avenida, donde estaba construido un caserón descuidado a los ojos, Margaret Trugan observaba cómo caía la nieve, que transformaba el suelo en una alfombra blanca.

- ¡Jacob! -dijo gritando casi la mujer- ¡baja a desayunar! ¡Son casi las once de la mañana!

- ¡¡Voy!! -contestó una voz menuda desde el piso de arriba.

Al momento un chico de cabellos negros como el azabache y ojos vivarachos, entró como una exhalación en el salón. Aún llevaba el pijama que se podía distinguir por debajo de la bata, que iba a juego.

- ¿Crees qué son horas de levantarse? -le dijo un poco indignada Margaret mirando sus ojos llenos de ojeras.

- No... Lo siento. Es que ayer volví tarde por la noche –contestó casi bostezando.

- Lo sé. Te oí subir las escaleras y meterte en la cama... Anda, desayuna. ¡Se quedará frío!

Jacob era chico un amable, pero poco trabajador; a los dieciséis años dejó los estudios, y no se molestó en buscar trabajo alguno. Se quedaba en casa y ayudaba a su madre de vez en cuando. Todas las noches salía con sus amigos, y no volvía hasta que su cuerpo no aguantaba más.

A pesar de su corta edad, Jacob nos aspiraba a nada en su vida. Hacía pocos años que su padre había desaparecido de su vida, y eso le tenía marcado.

Pasaba las horas inmerso en su cuarto preguntándose cuál habría sido la causa. Margaret no quería contarle nada puesto que sabía que, aunque habían pasado ya años desde que escondió la llave, ese hombre encapuchado seguiría buscando el secreto que aquella noche se selló con llave.

- ¡Abre la puerta, hijo! -gritó desde la cocina la dama-. Acaban de llamar.

- ¡Voy en seguida!

Jacob apagó el televisor y se colocó frente a la puerta y tiró hacia sí de ella. En la intemperie un chico de su edad, cubierto de nieve, aguardaba en los escalones. Le saludó con una sonrisa.

- ¡Pasa hombre! -dijo Jacob- ¿qué te trae por aquí, Ronald?

- Poca cosa, la verdad -respondió el chico-. Mis padres se han marchado a Oxford con la empresa de comercio... Y me preguntaba si podría quedarme contigo el tiempo que ellos estén fuera...

- ¡Claro!

Desde la cocina les llegaba el intenso olor a coliflor y carne que Margaret estaba cocinando. Los cristales de la puerta estaban empañados a causa del vapor expulsado por la olla. El ruido de la campana amortiguaba cualquier sonido.

Ronald se quitó el empapado abrigo y lo colgó en la percha.

- ¿Has desayunado? -preguntó Jacob.

- Sí, claro- contestó un poco cohibido el chaval.

- De todas formas vamos a picar algo.

Al abrir la puerta de la cocina, el vapor les pegó de lleno, obligándoles a toser un poco.

- ¡Hola, Ronald! -dijo una Margaret enfundada en un delantal rojo a cuadros-. No sabía que eras tú. ¿Un trozo de Browne?

- Gracias, señora Trugan -dijo el chico alcanzando un trozo-. La verdad es que ya he desayunado, pero no puedo negarme a esto.

En el otro extremo de la cocina, Jacob estaba sentado en un taburete observando cómo su amigo se deleitaba con el bollo, mientras que la contaban que sus padres habían salido de viaje de negocios, por lo que él insistía en que Ronald se quedara las próximas semanas.

Sin inconvenientes, Margaret aceptó. Después de todo, eran amigos desde pequeños.

Al caer la tarde, los chicos se acercaron a casa de Ron y cogieron parte de la ropa, ya que no sabían cuanto tardarían sus padres en volver.

De regreso a casa, encontraron la puerta medio abierta con los goznes rotos; las ventanas estaban destrozadas y no se podía oír ningún sonido... todo era silencio.

Como si un *dejavú* recorriese el cuerpo de Jacob, éste se abalanzó escalera arriba y entró en la mansión. Nada. Miró y encontró un pequeño haz de luz que inundaba las estancias del primer piso.

- Deja que suba yo -le dijo casi en un susurro a Ronald-. Mira en el salón...

- De acuerdo...

Los dos chicos se separaron. Mientras Jacob iba subiendo los peldaños, un susurro que le llamaba en sueños le dejaba sin respiración y le ralentizaba el paso... Giró a la derecha y entró en el cuarto de la dama: su madre se encontraba sentada en una silla mirando fijamente los cajones del aparador; un hilillo de sangre le bajaba de la boca.

- ¡Ronald!

Escuchó la carrera de su amigo mientras aparecía por la puerta...

- ¡Dios mío! -exclamó el chico-. ¿Qué ha pasado, Jacob?

- No lo sé... No entiendo nada.

Aún así el joven siguió la mirada de su madre y abrió uno de los cajones. Dentro había un sinfín de pañuelos de seda. Siguió removiendo, y justo debajo de los últimos, su tacto palpó un material diferente.

- Una llave... -dijo Jacob sin comprender-. ¿Qué significa todo esto?

- No tengo ni idea... pero este cajón no estaba abierto por casualidad.

- Lo sé... quizás deberíamos probarla en las cerraduras. Alguien la estaba buscando.

Pasados unos meses, Jacob y Ronald estaban solos todos los días. Tenían la puerta cerrada y las persianas bajadas, sólo por el miedo de que aquella persona que había cometido el asesinato de Margaret Trugan, regresase.

En cambio, el tema de la llave lo seguían día y noche. Habían probado en todo tipo de puertas, tanto en la ciudad como en las casas de los vecinos... pero nada. Jacob no dormía. El hecho de perder a sus padres le había dejado casi sin fuerzas, pero Ron se aseguraba de que no saliese cuando era de noche, ya que unos días atrás había recorrido todo Londres solo, sin rumbo.

- Jacob... -dijo una tarde cuando estaban viendo un partido del Manchester contra el Liverpool- creo que no hemos buscado bien...

- Creo que todo da igual, Ronald. Todo...

Los anuncios de la primera parte despertaron del ensimismamiento a Jacob: el *Big Ben* acababa de salir recordando las campanadas del año nuevo y conmemorando la nueva pieza que el ayuntamiento en pleno había cambiado para su mejoría... El reloj.

- ¡Eso es, Ronald! -gritó el chico poniéndose en pie-. Aún no hemos ido al reloj de Londres...

- ¡No me seas idiota, tío! ¿Cómo iba a tener tu madre una llave del *Big Ben*? ¿Y justo aquí?

- ¿Acaso tienes una teoría mejor? ¡Vámonos!

Los dos salieron a la carrera mientras se enfundaban los abrigos y se colocaban las bufandas. Tardaron media hora más o menos en llegar. Observaron que la gente terminaba sus compras y volvían al calor de sus casas. Estaba anocheciendo.

- ¿Crees que estamos haciendo lo correcto? Me parece macabro venir a este sitio por la noche...

- No te lo parecía cuando andabas por este sitio con un vaso de calimocho.

- ¡Cállate!- le espetó Ron-. Tú tampoco es que fueses muy cuerdo

Cruzaron miradas, pero no volvieron a enfrentarse.

- No perdamos más tiempo.

Jacob llegó a la altura de la puerta, se sacó la llave del bolsillo delantero de la chaqueta y la introdujo en la hendidura... Nada. Ésta no encajaba.

- Quizá haya otra entrada por detrás.

- No creo que vayamos a tardar más de lo que estamos tardando por averiguarlo.

Después de dos vueltas completas al edificio, se dieron por vencidos. Se sentaron en el suelo y contemplaron el recorrido del agua que iba a parar a las cloacas por los desagües. Desagües...

- ¡Ayúdame, Ron!

- ¿Qué haces?

- La entrada está debajo, no es ninguna de las principales. ¡Estoy seguro!

Con la fuerza de ambos, consiguieron levantar la alcantarilla. El mal olor les carcomía las entrañas, pero era aquello o nada. Con ayuda de las camisetas, se taparon los orificios de la nariz y entraron. El agua les cubría hasta las rodillas.

- ¿Puedo preguntarte algo?

- Si es lógico, sí. -le contestó Jacob.

- ¿Por qué estamos haciendo esto?

- ¿Qué? -le contestó indignado- ¿No harías lo mismo por tu madre? ¿No querías saber el “por qué”?

- La verdad... no lo sé. ¿Pero cómo puedes estar tan seguro de que vas bien encaminado?

- La verdad... simplemente lo sé.

Tardaron una hora en llegar al interior del reloj. Por dentro no era como se imaginaba la gente: estaba sucio y las piezas comenzaban a corroerse. La humedad

también estaba haciendo muy bien su trabajo. Con los pantalones empapados, comenzaron a subir las cientos de escaleras que conducían hacia el piso superior. Ronald no volvió a decir palabra durante el trayecto; había comprendido a su amigo, pero ignoraban con qué o con quién se iban a topar.

Al momento, un ruido sordo les hizo pararse en seco. Las ruedas del reloj acababan de pararse, y las pocas luces que había se consumían poco a poco. Sin tener que intercambiar palabra, los dos chicos sabían que no podía hacer ruido. Se miraron y reanudaron la marcha. Al final de la escalinata se erguía una puerta del tamaño de dos personas; tenía un pomo de hierro y una cerradura tan pequeña que de no ser por la llave les hubiese sido casi imposible abrirla con una orquilla.

Cuando había conseguido quitar la cerradura, una figura envuelta en un manto negro agarró a Ron por la espalda, dejando uno de sus brazos inmóvil tras su espalda.

- Buenas noches, pequeño J.

- ¿Qué? ¿Quién es usted? Suelte a mi amigo.

- La verdad es que está más cómodo así -y diciendo esto tiró unos centímetros más para arriba del brazo, lo que hizo gemir de dolor al chico-. Veamos... ¿Por dónde empezamos? ¡Ah! sí. La llave... llevo buscándola mucho tiempo, ¿comprendes?.

- Me da igual... ¿Para qué la quiere?

- Creo que vas a serme igual de difícil que tu padre... ¿Sabes? Él tampoco duró mucho -y volviendo a retorcer el brazo de Ron, le enseñó una foto-: ¿Les reconoces? Son tus padres, Jacob... Acabarás como ellos si no sueltas la maldita llave.

- Déme una razón por la que debo hacerlo. Si no lo hizo mi padre, ¿por qué debo hacerlo yo? -una lágrima de furia apareció en los ojos del joven.

- Porque eres un chico listo... Tu padre no te contó nada, y tu madre guardó el secreto creyendo que no os encontraría. Pero lo hice. La vida da muchas vueltas, no debes ser duro contigo mismo. Razona.

- ¿Qué ocurriría si no te diese la llave?

- Hay varias opciones: o te despides de Ron, o puedo acabar con los dos.

Jacob se detuvo a pensar. ¿Cómo su madre no le había contado nada? ¿Llevaba desde pequeño escondido junto a ella? ¿Por qué?

- La verdad del asunto es que tu padre trabajaba aquí -dijo el hombre leyendo los pensamientos del chico- Sólo quiero lo que esconde esa puerta. No sabes la cantidad de tiempo que se lleva buscando...

- ¿El qué?

- El anillo Negro, muchacho. La joya más valorada por todo ojo codiciador. Un tesoro sin precio.

- De acuerdo... Entonces coge la llave.

Al momento Jacob la tiró por las escaleras haciéndola caer hasta la primera planta. Ronald aprovechó y empujó al hombre hacia el vacío beneficiándose de que estaba distraído. El cuerpo cayó con un golpe seco. El silencio inundó el reloj. Con los corazones a cien por hora, los dos chicos abrieron la enorme puerta y quedaron petrificados ante aquella majestuosa visión: el anillo *Rosacruz* estaba encima de un altar que bien podía ser del siglo XII... Mientras Jacob observaba la sala, Ronald ya estaba llamando a la policía desde su móvil.

- ¿Crees que mis padres estarán orgullosos? -le preguntó Jacob tocando el anillo.

- ¡Claro que lo estarán!... seguro que eran los guardianes o algo así -le dijo con cariño Ron despegándose el auricular.

Desde ese día, el secreto de los Trugan se perdió en el tiempo, para siempre...